

ANEXOS

MI PRIMERA COMUNIÓN

Hay fiestas y fiestas, algunas más, otras menos importantes. Las fiestas de cumpleaños, por ejemplo, con sus regalitos, su reunión, el saludo cariñoso de papá, de mamá, de los abuelos, de los parientes y amigos. ¡Qué lindo es estar todos juntos! ¿No que siempre en las fiestas nos reunimos? ¿Puede haber fiesta si hay una única persona? Aunque en las fiestas suele haber rica comida, bebidas, manteles, cotillón, música -según la fiesta- siempre lo más importante es que haya mucha alegría, mucho cariño, y la presencia de nuestros seres queridos y amigos.

Claro que no todos los cumpleaños son iguales: está el común, está el de quince, el de veinte años, el de cincuenta. Como las bodas de plata o las bodas de oro de los abuelos, que no son lo mismo que cualquier aniversario. Y está la gran fiesta del mismo día del casamiento. ¡Y están las fiestas patrias! También allí vemos que algunas son más importantes que otras: el 9 de julio o el 25 de Mayo, son más solemnes que las del día de Sarmiento o de Belgrano.

Y, por supuesto, **las fiestas religiosas**: Navidad, Pascua. Hemos dicho que todos los domingos son días de fiesta, con el solemnisimo acto de la Misa, pero, desde el inicio de la historia de la Iglesia, la **Pascua** fue la Fiesta de las fiestas. También, aunque menos, consideramos importan-



La Ultima Cena, 1464-67. THIERRI DE HAARLEM. DIRCK BOUTS. Iglesia de San Pedro de Lovaina.



MI PRIMERA COMUNIÓN

tes: Pentecostés, la Ascensión, la Asunción... ¡Cuántas lindas y alegres fiestas nos propone la Iglesia!

En tu **vida personal** y de relación con Dios y con Cristo y con los tuyos, ya hubo dos grandes acontecimientos en los que hubo fiesta en tu familia: tu nacimiento, cuando todos felicitaban a papá e iban a visitar a mamá, y tus abuelos estaban tan, tan felices. Tu **Bautismo**, cuando todos, vestidos de fiesta, fueron a la iglesia. Vos con tu ropa blanca y tu cintita azul,

si varón, o rosa, si mujer. Allí fuiste adoptado como hijo de Dios en la pila bautismal y se te hizo nacer a la Vida de la Gracia. Después hubo reunión en tu casa y festejaron.

Claro que de eso vos no te acordás, aunque hayas podido ver fotografías. Eras muy chiquito. Pero ahora estás por vivir una de las más grandes fiestas de tu vida, quizá la primera de la cual realmente te das cuenta, porque ya no sos un bebe, sino un varón o una mujercita grande, que sabés lo que hacés y sos capaz de disfrutarlo. Este año preparamos una gran fiesta: la de tu **Primera Comunión**.

Después de tu Bautismo, no ha habido ni habrá en tu vida nada más dichoso que lo que ahora aguardás: el momento en que **recibirás por primera vez a Jesús sacramentado, el Resucitado, el Señor, el Rey del Universo, pero también tu Amigo**, el que tanto te ha amado y ama que dio Su Vida por vos ¡y te la sigue dando! Tan intenso es su amor por vos, que ingenió el modo de quedarse a tu alcance en forma de pan, de simple y sencillo pan, para que puedas unirte a Él en un abrazo fuerte, fuerte, como lo hacen las personas que se quieren. Al recibir la Eucaristía nos hacemos uno con Él. ¡Lo

comemos a besos! Él me ama y yo lo amo; Él viene a mí y me une a sí. Jesús, en la Comunión, me introduce en su alegría, en su gozo a la vez de su corazón de hombre -su Sagrado Corazón- y de su amor de Dios. ¿Qué amor más grande puede haber en mi vida que el de Jesús, que me ama más que la suma del amor de todas las madres, de todos los padres, de todos los hermanos, de los esposos todos? Con ese amor inmenso te encontrarás sacramentalmente en tu primera



Comunión y, luego, en todas las comuniones que harás en tu vida.

Porque por supuesto que no es lo mismo decir “Primera” Comunión que “Única” Comunión. Tu primera Comunión será el **comienzo de muchísimas Comuniones** que harás a lo largo de la vida y que te servirán para ir creciendo cada vez más en el amor a Jesús, y como hombre y como cristiano. La Comunión es el alimento sin el cual nadie puede vivir cristianamente. Es decir, devolviendo a Jesús el amor que nos tiene.

¿Y cómo hacer para devolver ese amor con amor? Porque ‘comunión’ es amistad. Jesús nos llama a la amistad; y la amistad no es amor de un solo lado. No soy amigo de alguien sólo porque él me quiera: Para ser amigo debo devolverle su querer con el mío. Jesús te quiere, sí, da su vida por vos, te da Su Vida; pero, para ser su amigo, es necesario que vos también lo quieras a Él. Darle tu vida a Él. Y demostrárselo en tus obras, en tus palabras, en el cumplimiento de tus obligaciones, en tu bondad, en tu alegría, en tu ejemplo de cristiano verdadero.

¿Cómo prepararnos para esta fiesta grande? ¿Cómo preparamos una fiesta? Antes que nada teniendo amigos. Sin amigos, solos, no hay fiesta. Es inútil que compre la comida, los adornos, el traje, los regalos, si no tengo amigos a quienes invitar. Hacemos fiesta porque tenemos amigos. Amigos que hemos conocido en el colegio, el club, las relaciones familiares, el barrio. Y cuanto más los conocemos y frecuentamos más amigos. Y cuanto más amigos son, más los frecuentamos y nos gusta hablar y salir con ellos. Y, cuanto más amigos, más nos ayudan y más los ayudamos cuando hay necesidad. Somos amigos en las buenas y en las malas.



Del mismo modo, es obvio, que para nuestra fiesta de la Primera Comunión, para que sea verdaderamente fiesta, antes tenemos que **conocer y querer a Jesús** y aprender mucho sobre Él y tratar de estar con Él. ¡Nadie puede amar a quien no conoce! Para eso tenemos las clases de catequesis, este catecismo, la Palabra de Dios, la predicación del sacerdote, las vidas de los santos que fueron los grandes amigos de Jesús. ¡Los amigos de mis amigos son mis amigos! ¡A estudiar, entonces!, que no podemos llegar a la Gran Fiesta sin saber bien Quién es el que viene a nuestro encuentro y nos invita a su mesa, a su festejo.

Pero, además, ¿quién puede enseñarnos más de Jesús que **su Madre, María?** ¿Podemos conocer realmente a Jesús sin conocer a quien Jesús tanto amaba y era amado por ella? ¿Podemos llegar a Jesús sin María? No. Tenemos que pedirle a Ella que nos haga conocer a su Hijo. Y pedirle, también, que prepare nuestro corazón para recibirlo,

como preparó el pesebre para el nacimiento; y que nos ayude a ser cada día más parecidos a Jesús. Vayamos a hacer nuestra Primera Comunión y todas las comuniones que hagamos luego a lo largo de nuestra vida, siempre de la mano de María.

Y así como uno está **esperando y deseando** las fiestas, “¡cuándo llegarán!” Y, cuanto más importante la fiesta, más la aguardamos y esperamos de tiempo atrás, así tenemos que pensar tantísimo en ese día de la primera Comunión y estar deseándolo mucho tiempo antes.

¿Qué hacer para **preparar y desear ese día** de Fiesta que va a ser mi primer encuentro con Jesús hostia? Ciertamente estudiar el catecismo y venir a las clases e interesarnos en ellas. Usar, también, los medios que nos dejó el mismo Jesús. Como ya hemos recibido el **sacramento de la Penitencia** y sabemos cómo usarlo, acudir con más frecuencia al sacramento de la Penitencia, para recibir la Gracia de la misericordia y el perdón de Dios. Y, con la fuerza de ese sacramento y nuestra **oración**, aprovechar el año para hacer un mayor esfuerzo de **imitación de Jesús**.

Mamá nos va a preparar nuestro traje o vestido de Comunión, limpios, planchados arreglados. Pero mucho más importante para Jesús será que nos aproximemos a Él con el vestido de las buenas obras que podamos realizar a lo largo del año, las oraciones y comuniones espirituales, las virtudes que vayamos adquiriendo y los malos hábitos o feas costumbres contra los que vayamos luchando.

Cada vez que nos acordemos de que este año recibiremos a Jesús por primera vez, podemos decirle: “¡Jesús, te amo -o, ¡quiero amarte!- con todo mi corazón y quiero estar siempre unido a Ti!”. Lo mismo, cuando vayamos a Misa y llegue el momento de la Comunión que todavía no podemos tomar, intentar, en el deseo, hacer una Comunión ‘espiritual’, como cuando a alguien le escribimos de lejos, ¡cómo me gustaría estar ahora con vos! Así le decimos a Jesús:

*“Señor, ven a mí,
y aunque no puedo recibirte sacramentalmente,
dame la Gracia de la Comunión y ayúdame a tener cada vez
más ganas de estar con vos”.*

Sí, que Él nos ayude a tener ‘hambre’ de la Eucaristía, una enorme gana de encontrarnos con Jesús. ¿Acaso el hambre, el ayuno, no es lo que hace más rica a la comida? Sin hambre ¿podemos disfrutar del comer? Las ganas de las cosas lindas son las que las hacen más lindas todavía. Si siempre estamos con la barriga llena, si siempre se nos da enseguida lo que queremos y pedimos, al fin nada tiene gracia, nada termina por



Virgen María, 1587-96. EL GRECCO. Museo del Prado

realmente alegrarnos. En cambio -preguntale a tus padres- aquello que se espera y por lo cual se trabaja mucho, cuando se consigue, da mucha más felicidad.

¿Cómo podemos lograr esa **'hambre' de Jesús?** Pensando -durante este año- muchas veces y todos los días en nuestra Primera Comunión. Diciéndole a Jesús que queremos recibirlo y que no vemos la hora que llegue el gran día. Podemos decirle: “Mi alma tiene sed de Ti, ¿cuándo llegaré a ver tu rostro? (Salmo 42). Y sobre todo, -pensando, rezando-, dándonos cuenta de que



ninguna de las buenas cosas que podemos tener en esta vida es tan linda y puede hacernos tan feliz como el sabernos amados por Jesús y poder devolverle amor.

Cuando vamos a una fiesta, muchas veces llevamos un regalo. Y eso también tenemos que preguntarnos, el día de mi primera Comunión: **¿Qué puedo regalar a Jesús?** ¿Qué difícil elegirle un regalo! Él es Dios, tiene todo y nada necesita. Y porque lo sabe, Él mismo prepara en nosotros su propio regalo, para que nos sintamos bien haciéndole un regalo importante, para que no pasemos vergüenza: el regalo que Él quiere y prepara ¡somos nosotros mismos! Soy su muy querido hermano, amado por Él, y lo que le ofrezco es esto mismo: yo, mi ser amado por Él. Él es mi regalo, y yo soy su regalo. “Jesús, me pongo en tus manos; haz de mí lo que quieras. Te ofrezco todo, te doy todo; dame tu amor que eso me basta” (de una oración de B. Carlos de Foucauld). Sí, este año debo preparar mi regalo, ese regalo que seré yo mismo: mi corazón para Él, mis acciones para Él, mis estudios, mi trabajo en casa, mis diversiones, todo para Él y, también, mis pensamientos, mis penas, mis alegrías.

Y, llegará el día. La semana anterior será de **preparativos**. El momento del encuentro está cerca. Ahora sí que corresponde un buen baño, ropa limpia, zapatos lustrados o blanqueados. Pero lo de afuera no interesa tanto: ¡Una buena confesión! ¡Un retiro, donde, como en las horas antes de la prueba o el examen, nos concentramos y estudiamos más! ¡Nos vamos a encontrar finalmente con



MI PRIMERA COMUNIÓN

Jesús! Y no en cualquier parte. En la Mesa del banquete, en el lugar de los grandes, no de los chicos, frente al Altar.

Iré con alegría, pero con respeto. Sin nervios, pero serio, atento, feliz, con Fe. Finalmente me va a recibir Jesús y yo lo recibiré a Él. Juntaré las manos, cerraré los ojos, pensaré sólo en Él.

¡Y cómo saborearé su presencia cuando lo tome en mi boca, lo reciba en mi lengua, esa boca y esa lengua que, desde ahora, tendrían que servir sólo para decir cosas buenas, para la verdad, para la oración!

Ya nunca más podré ser como antes. Ahora soy un verdadero amigo y compañero de Jesús.

(Las oraciones que te proponemos son solo de ejemplo. Hay otras muy lindas y piadosas que podés encontrar en el anexo, u en otros misales y devocionarios. A lo mejor de tus padres o tus abuelos).

FORMAS DE COMUNIÓN ESPIRITUAL

(para cuando no pueda recibir a Jesús sacramentalmente)

Señor, Tú que te complaces en habitar en los limpios y rectos de corazón, concédeme ser siempre fiel a la Gracia, para que merezca tenerte siempre conmigo. Amén.

“Señor, te estoy llamando, ven de prisa, escucha mi voz cuando te llamo” (Sal 140).

“Concédeme, Señor, que mi alma tenga hambre de Vos, Pan del Cielo, alimento de los corazones santos, pan nuestro de cada día” (S. BUENAVENTURA, extracto).

ORACIONES PARA ANTES DE COMULGAR

“Señor Jesucristo, Hijo del Dios Vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, por tu muerte vivificaste al mundo: líbrame por tu sacrosanto Cuerpo y Sangre de todo pecado y de todos los demás males; haz que siempre sea fiel a tus Palabras y que nunca me separe de Ti, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Señor mío, Jesucristo, que esta Comunión de tu Cuerpo que voy a recibir por tu generosidad, no sea para mí motivo de juicio y condenación, sino, por tu piedad, me sirva para defensa de todo mi ser y sea para mí remedio de salvación. Amén” (*Del Misal Romano*).

“¡Padre amantísimo!, concédeme contemplar un día cara a cara en el Cielo, a tu Hijo muy amado, a quien me dispongo a recibir ahora bajo el velo de la Fe, y que vive y reina Contigo en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén” (STO. TOMÁS DE AQUINO, extracto).

“Padre clementísimo, aleja de mí todo pecado y maldad para que, purificado, pueda recibir el Cuerpo y Sangre de mi Señor Jesucristo, tu Hijo, a quien tanto quiero recibir, esperando sirva para remitir mis culpas, purificar mis intenciones, dar eficacia a mis obras buenas y ser firme protección contra las asechanzas del enemigo. Por Cristo, nuestro Señor, amén” (SAN AMBROSIO, extracto).

ACCIONES DE GRACIAS Y OFRECIMIENTOS PARA DESPUÉS DE COMULGAR

“Te doy gracias Señor porque me has concedido la gracia de recibirte. Haz que esta Comunión sea armadura de mi fe, escudo de mi buena voluntad, muerte de mis malos hábitos y aumento de caridad, paciencia y humildad” (STO. TOMÁS DE AQUINO, extracto).

“Dios todopoderoso y eterno, te doy gracias por la Comunión del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que me has concedido. Unido a Él, me ofrezco a Ti: que yo te sea grato, Dios mío, y que este encuentro en la Eucaristía sea para mí como anticipo del Cielo”.

“Señor, Dios mío, Tú no quieres sacrificios ni ofrendas; entonces, yo digo: ‘Aquí estoy, para hacer tu voluntad’” (Salmo 39).

“Toma, Señor, y recibe toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad. Todo lo que tengo y poseo. Vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno. Todo es Tuyo: haz de mí lo que tú quieras. Dame Tu amor y Gracia, que esto me basta” (S. IGNACIO DE LOYOLA).

“Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras; sea lo que sea te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre. Te confío todo mi ser; me doy a Ti con todo el amor de que soy capaz, porque te amo y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con infinita confianza, porque Tú eres mi Padre” (BTO. CHARLES DE FOUCAULD).

*Señor Jesús, quítame cuanto me separe de Ti.
Señor Jesús, concédeme cuanto me una a Ti.
Señor Jesús, arráncame a mí de mí y entrégame a Ti.*

S. NICOLÁS DE FLUE (laico, padre de familia)

“¡El Cuerpo de Cristo!” “¡Amén!”

La voz Amén no debe traducirse, como algunos hacen, por “¡Así sea!”, que expresa un mero deseo. Deriva de una raíz hebrea ‘aman’ que implica firmeza, solidez, seguridad, certeza, veracidad. Con este término se califica a la dureza, por ejemplo, de la roca (¿te acordás lo que quiere decir el nombre Pedro?).

Por eso al final de todas nuestras oraciones, alabanzas, profesiones de fe, himnos y cánticos religiosos, exclamamos “¡Amén!” “¡Estoy cierto, seguro, confío!”, “¡Las cosas son así” “¡Así es!” No “Así sea”. Por ello, cuando el sacerdote me presenta la hostia consagrada diciéndome “El Cuerpo de Cristo” responderé con total seguridad. “¡Amén!” Con esta sola expresión “¡Amén!” estoy haciendo un acto de segura fe en la Presencia de Jesús, un acto de confianza en Él, una aceptación confiada de todo lo que me pide y quiera dar. Es una palabra tan linda y plena de significado que el Apocalipsis la usa para definir a Jesús como manifestación de su promesa inconvencible de amor a los hombres: “El es el Amén, el Testigo fiel y verídico, el Principio de las obras de Dios” (Ap 3, 14),



AYUNO

El término ayuno viene del latín 'jejunus' que significa 'vacío', 'escaso'. De allí que, pasada la noche, lo primero que hacemos es llenarnos el estómago vacío con el 'des-ayuno'.

La Iglesia siempre ha usado, como signo y ayuda para prepararnos a los grandes encuentros, el ayuno. Ya sabemos que con la panza llena tenemos sueño, no nos dan ganas de estudiar, nos sentimos pesados. Pero, más aún, cuando vamos a tener una buena comida que mamá ha preparado, ella no nos deja comer antes caramelos, galletitas: "¡Después no vas a comer la comida principal!" Y ¿no es cierto que todo parece más rico cuando nos acercamos con hambre, con verdaderas ganas de comer?

Por ello está regulado que, por lo menos una hora antes de recibir a Jesús, no comamos nada. Ello será señal de que, por lo menos una hora antes, nos estamos preparando, pensando, en lo que vamos a recibir, ¡en Quién va a venir a nosotros! Es una mínima señal de respeto, de deseo. En realidad no importa tanto la comida o no comida sino el signo de preparación, de disposición interior.

En otros tiempos, la Iglesia pedía que, al menos desde la medianoche hasta la Comunión, no se comiera nada. Luego se pasó a tres horas. En nuestros días, para facilitar el acceso a la Comunión, apenas se pide una hora. En realidad, preparados a recibir a Jesús tenemos que estar mucho antes: viviendo todos los días y todas las horas como verdaderos cristianos.

ACCION DE GRACIAS

Busca en el anexo o en cualquier misal o devocionario que puedas encontrar en tu casa, quizá de tus padres, quizá de tus abuelos, oraciones para prepararte a la Misa y la Comunión y, también, para hacer Acción de gracias luego de comulgar.

Es verdad que la mejor preparación y la mejor acción de gracias es prolongar la presencia de Jesús en nosotros



por medio del buen comportamiento, de las virtudes cristianas, del hacer siempre lo que debemos hacer. Pero también es necesario que no vayamos sin preparación inmediata alguna a comulgar ni, tampoco, que tan pronto hayamos recibido al Cuerpo del Señor dentro nuestro, nos olvidemos de Su Presencia. Durante la Misa el celebrante suele hacer, después de la Comunión, un rato de silencio, sentándose en la sede. Allí debemos aprovechar para cerrar los ojos y hablar con Jesús. Es verdad que los domingos, terminada la Misa, todos salen fuera rápidamente a saludarse, pero es verdad que sería bueno que, si pudiéramos -los días de semana es más fácil- prolongáramos nuestro estar con Jesús, en la Iglesia, un ratito más. ¿Cinco minutos, diez minutos? ¿Será

mucho para estar juntos con el Amigo y sentirlo muy, muy cerca de vos?

NAPOLEÓN BONAPARTE

Napoleón Bonaparte nació en Ajaccio, Córcega. Siguió la carrera militar en Francia y, a los 16 años, alcanzó el grado de subteniente. Se adhirió entusiastamente a los principios de la Revolución de 1789. Luchando por ella, fue ascendido a General en 1793. Extendió la Revolución por toda Europa, invadiendo a ésta con sus ejércitos. Si no lo sabías esa Revolución, llamada Revolución Francesa, junto con algunas cosas buenas que eran cristianas, propagó muchas ideas falsas contra Dios, contra la Iglesia, contra Jesús, contra la moral, contra la auténtica autoridad. Napoleón, sobre todo en sus primeras adhesiones a los revolucionarios, aunque profundamente religioso, tenía algunas de esas ideas erróneas. Quiso someter a la Iglesia y ponerla a su servicio. De hecho, en 1809, se anexionó los llamados "Estados de la Iglesia", después de hacer prisionero al Papa Pío VII. Ganó memorables batallas como Marengo, Wagram, Ulm, Austerlitz, Jena. Se coronó emperador de los franceses en 1804. Su decadencia comenzó en España donde los españoles, de férreo catolicismo y gran patriotismo, se opusieron a la invasión. El ejército

napoleónico allí sufrió una gran derrota en Bailén. En esa batalla peleó del lado de los españoles el joven cadete Don José de San Martín.

Otro de los grandes fracasos de Napoleón fue la invasión a Rusia, donde, a causa del crudo invierno y la brava resistencia de los cosacos, en 1812, se le murieron medio millón de soldados. Perdió finalmente el poder, y fue desterrado en 1814 a la isla de Elba. Sin embargo regresó y recuperó el poder. Fue definitivamente derrotado en Waterloo, en 1815, y los ingleses lo confinaron en la isla de Santa Elena, donde murió en 1821.

En pleno poder, sin embargo, en una reunión junto con sus mariscales y generales, alguien propuso que cada uno de los presentes dijera cuál había sido el día más feliz de su vida. Cuando le llegó el turno al emperador, éste se quedó pensando. Lo instaban a que respondiera: “¿El día de su casamiento?” “¿El día de su coronación como emperador de los franceses?” “¿El de la victoria de Wagram o de Austerlitz?” Napoleón no respondía y permanecía en silencio, pensando. Finalmente respondió: “¡Caballeros, el día más feliz de mi vida fue el de mi primera Comunión!” Un gran silencio se extendió entre los presentes. Algunos viejos mariscales y generales se emocionaron y se vieron algunos ojos humedecidos. También ellos recordaban la suya.

Se cuenta que, en la invasión a Italia, Napoleón, todavía joven general, pero jefe del ejército, en ruta a Milán, vio, de lejos, a la vera del camino, a un anciano sacerdote que caminaba fatigosamente con su bastón hacia la ciudad. Pidió el telescopio a su ayudante. Observó atentamente y, con un gesto de sorpresa, galopó hacia el venerable personaje. Al llegar cerca de él, se bajó del caballo, se arrodilló ante él y le besó respetuosamente la mano. Había reconocido en ese sacerdote al que, en Ajaccio, le había enseñado el catecismo y, con esa mano, dado la primera Comunión. Los oficiales y la tropa miraban sin entender nada.

Aunque fue instrumento de los enemigos de Cristo, Napoleón siempre conservó la fe y, antes de morir, recibió la Unción de los Enfermos y, con enorme devoción, la Santa Comunión.



Napoleón en Rusia

Actividades:

1. Piensa y escribe una carta a Jesús que contenga lo que le quieras decir antes de tu primera Comunión.
2. Después de la Misa de primera Comunión, haz una redacción contando los detalles de este gran e inolvidable día, para que te sirva de recuerdo para toda la vida.
3. Escribe una oración de Acción de gracias para decir después de Comulgar.
4. Escribe una oración pidiéndole a María que prepare tu corazón para recibir a Jesús en cada Comunión y pidiéndole la gracia de participar de la Misa todos los domingo de tu vida.
5. Aprende el siguiente canto:

OH SANTO ALTAR

1. Oh santo altar por ángeles guardado,
yo vengo al fin con júbilo a tus pies;
aquí mi Dios, de mí tan deseado,
se ofrece a mí por la primera vez.

*Hora feliz en que el Señor del cielo
se ofrece a mí por la primera vez,
por la primera vez. (bis)*

2. Cristo Jesús, amigo de los niños,
me llevo a Ti confiado en tu bondad.
Yo sé que Tú me miras con cariño;
Yo sé que Tú me quieres visitar.

3. Recibe, oh Dios, la ofrenda de mi alma,
toda mi vida y todo lo que soy.
Quiero vivir en tu divina gracia;
quiero hasta el fin servirte con amor.

4. Dame, Señor, en este hermoso día,
lo que te pido con todo el corazón:
dicha y unión concede a mi familia,
al mundo da tu paz y bendición.